

MARTA RAÑADA

LAS UVAS DE LA HIDRA

booklolia

LAS UVAS
DE LA HIDRA

Marta Rañada

booxlolia

*A mi madre, que me enseñó a mirar siempre hacia delante.
A mis hijas, Paula y Cristina, que me empujan desde atrás.
A mis amigos, que me sostienen cada día.*

PARTE 1
Maridos y mujeres
Woody Allen (1992)

«Yo había imaginado muchas veces lo que sería ser libre...
Verá, cuesta mantener un matrimonio a flote, ¿sabe?,
con toda la frustración que acarrea».

I

EL viento que golpea su cara mientras avanza en la moto es helador. Noviembre ha entrado con rabia este año. El frío se cuela por sus huesos y se mezcla con el miedo que la corroe desde que recibió la llamada del hospital. Las ideas se agolpan en su cabeza, desordenadas. Los ecos de la llamada telefónica, recibida hace apenas tres horas, atraviesan su mente a la misma velocidad que la ciudad pasa ante sus ojos: «ecografía...», «hay algo en la mamografía...», «¿puede venir hoy?».

Conduce de manera mecánica mientras su cerebro se empeña en calcular cuántas veces ha deseado la muerte durante los últimos meses. Son demasiadas las ocasiones en que se ha sorprendido a sí misma repitiendo la frase «¡quiero morir!». Ella, que nunca se ha considerado una persona pasional, y que si alguien le hubiera pedido que se definiera no habría dudado en añadir el adjetivo racional a su lista, ahora, a sus cuarenta y siete años, ha descubierto que por sus venas corre sangre italiana, que su interior esconde a una Anna Magnani o a la mismísima Sofía Loren; a una mujer capaz de gritar, de tirar al suelo todo aquello que se ponga a su alcance, de pegar a su marido por su infidelidad, por sus mentiras. Al principio, la cólera la descolocaba, la hacía

sentirse extraña; pero ahora reconoce que estas explosiones la han devuelto al mundo de los vivos, demuestran que aún tiene sentimientos, pasión. Tampoco descarta que toda esa furia no sea más que una broma de su ciclo hormonal: hormonas enloquecidas de mujer moderna a punto de llegar al final de su vida fértil que exponen las emociones al movimiento de una montaña rusa; hormonas rabiosas que transportan a sus portadoras del cielo al infierno sin solución de continuidad; hormonas incontroladas que dominan a sus víctimas y las obligan a actuar en contra de sí mismas; y quien diga lo contrario miente, o es demasiado joven para haber padecido su dictadura.

La consulta está en semipenumbra. Susana se pregunta si la mantendrán así a propósito, para atenuar la vergüenza que toda mujer siente al enfrentarse a un desconocido que la invita a desnudarse detrás de una cortina. No es lo mismo que la ducha de un gimnasio o que una playa nudista, donde todo el mundo se halla en igualdad de condiciones. En el cambiador va despojándose de su ropa, lentamente, consciente de que siempre ha llevado muy mal su desnudez. No está contenta con su cuerpo. Hace demasiados años que le sobran veinte kilos, y se ha acostumbrado a no mirarse en el espejo. El rincón que encierra esa cortina le recuerda el probador de una tienda, uno de los lugares que más odia del mundo, un espacio en el que se enfrenta cada temporada a la terrible realidad de que no existe ropa en el mundo que le quede bien. No recuerda cuánto tiempo hace que no es ella quien elige lo que compra, sino que

son las propias prendas las que se imponen. Casi nunca puede llevar a casa lo que más le gusta: simplemente ha de conformarse con aquello que le entra y esconde mejor sus michelines. En esta ocasión, al menos, se siente aliviada cuando se da cuenta de que no va a tener que luchar contra unos botones que no abrochan. Una vez se ha desnudado de cintura para arriba —tal y como le han indicado—, comprende que ha de salir de ese refugio, y lo hace como una adolescente: consciente de que sus tetas son demasiado grandes. Con paso decidido, para restar dramatismo a la situación, se lanza al encuentro del ATS, que, con una sonrisa encantadora, la espera completamente vestido al otro lado. Aguarda pertrechado en su bata y con unos guantes de látex que lo protegen de cualquier malentendido.

—Túmbese aquí —ordena el hombre, quien, con una forzada naturalidad, señala la camilla que ocupa el centro de la sala—. Y cruce los brazos por detrás de la cabeza. Ahora mismo viene la doctora.

Tras darle las últimas indicaciones, cubre su pecho con un lienzo de papel que intenta aportar cierta dignidad a la espera.

—Muy bien. Muchas gracias —responde Susana, tratando de adoptar el mismo tono natural, aunque sin conseguirlo del todo.

Acomodada en la camilla observa la oscuridad de la sala; el silencio solo lo rompe el pálpito de su corazón, que, con su fuerza, consigue mover al compás de un reloj el papel que yace sobre sus pechos. Al verlo, asoma una

sonrisa en su cara: «Ya tengo que estar nerviosa para que un músculo sea capaz de menear tanta grasa», piensa. Cierra los ojos, y su cerebro vuelve a perderse en el torbellino de la duda. Susana intenta diseccionar sus sentimientos. Ha desperdiciado los últimos meses viviendo como una zombi, retando a la muerte, y, ahora que el final se abre ante sus ojos como una posibilidad, siente miedo. No podría asegurar si teme más el final o el camino. Le aterroriza la enfermedad, sobre todo ahora que él no va a estar junto a ella para ayudarla. No concibe recorrer el tormento que le espera sin su compañía. El miedo a la soledad supera su temor a la muerte. Una lágrima recorre su mejilla ante la constatación de que, desde que ha recibido la llamada de urgencia, ha estado sola. Sobre todo, le angustia comprender que eso no va a cambiar. Aquel que siempre ha estado a su lado apoyándola, ayudándola a pasar los malos momentos y a disfrutar de los buenos, ha quedado atrás. Repara en que ni siquiera se le ha pasado por la mente llamarle para hacerle partícipe de sus problemas. Él ya está en otra historia, y no tendría sentido. No puede exponerse a recibir más muestras de indiferencia. No es que sea un monstruo, incluso intuye que se preocuparía si conociera su angustia; pero ahora habita en otra galaxia a la que ella no tiene acceso. Ha salido huyendo de su vida —aquella que habían construido juntos—, de su casa, de sus obligaciones. Ha abandonado la lucha: veinte años de matrimonio tirados a la basura. Y ahí está ella, tumbada en esa camilla, procurando reinventarse de nuevo, seguir sonriendo, continuar

viviendo, aunque ya no le queden ganas. Sacude la cabeza en un intento de expulsar esa realidad que tanto duele, y opta por volver a fantasear con la muerte. Se visualiza a sí misma, inerte, una vez haya salido de su cuerpo el último hálito de vida. Piensa en sus hijas, en lo que le queda por disfrutar de ellas, en lo mucho que la quieren y aún la necesitan, y ese pensamiento despierta una voz interior que grita «¡quiero vivir!», al tiempo que el papel que cubre su pecho comienza a moverse con más fuerza.

Su mente recibe imágenes inconexas de los últimos meses, y se deja llevar por ellas; asiste desde el patio de butacas, como una espectadora más, a la reposición de una película en la que ella es la protagonista: una de tantas mujeres abandonadas por el terror de sus maridos a que la vida sea solo el transcurrir de los días, un sentimiento que esconde el miedo a la vejez, el temor a la muerte.

—Hola —saluda la doctora al entrar en la habitación—. Perdona que te hayamos hecho volver hoy; es que el otro día me tuve que ir al dentista y no pude revisar las mamografías en el momento, que es lo que solemos hacer.

—O sea, ¡que no me habéis llamado de urgencia! —exclama Susana, aliviada.

—¡No!, ¡qué va! Es muy normal que las mamografías planteen dudas y se tengan que completar con una *eco*.

El gel helado penetra en su piel. Su corazón le da una tregua, como si el frío que se filtra por sus poros la hubiera ayudado a recuperar el compás. Susana intenta relajarse y mira hacia otro lado: prefiere no seguir el recorrido de la

máquina por su cuerpo en busca de un mal oculto. Cierra los ojos, respira profundamente y pone su mente en blanco —o más bien en negro, porque las nubes que cubren su cerebro no le permiten ver la luz, vive inmersa en las tinieblas—. Cada vez que la mano de la doctora se detiene, escucha un *bip* que la sobresalta, y la invade la sospecha de que finalmente ha encontrado el motivo de su muerte cercana, ese que lleva ahí agazapado mucho tiempo esperando a ser descubierto, el mismo que ella se ha negado a buscar durante años. Es verdad, todos sus amigos se extrañan cuando se enteran de que nunca se somete a revisiones, y ella, ante sus comentarios, siempre contesta lo mismo: «Es que no estoy preparada para recibir una mala noticia». Lo dice en tono jocoso, para restarle importancia, para que todo el mundo crea que bromea; pero no es más que una estrategia para ocultar la verdad. Hace tiempo que descubrió que la sinceridad descarnada convierte la realidad en una broma, y le gusta utilizar ese recurso. Vivimos en una sociedad tan poco acostumbrada a la sinceridad que, cuando la tenemos delante, no somos capaces de reconocerla.

En general, la gente que no va al médico lo hace porque se siente inmortal y cree que la enfermedad solo la padecen los demás; pero en el caso de Susana ocurre al revés: es tan hipocondriaca que no se revisa porque está segura de tener un mal incurable en cada una de las partes de su cuerpo y se considera incapaz de afrontarlo. Ese ha sido siempre su gran defecto. Cuando analiza sus puntos débiles acaba reconociendo que uno de los peores puede que sea su afán

por esconder la cabeza debajo del ala ante los problemas. Tiene la absurda idea de que lo que no se piensa no existe, y, por más que la realidad se empeña en demostrar lo contrario, continúa fiel a esa máxima.

—¿Hay algo ahí? —pregunta Susana al notar que la mano de la médica se detiene en un punto fijo durante más tiempo—. ¡Es que estoy muy nerviosa!

La doctora la mira sonriente; está tan acostumbrada a su rutina que a veces olvida que las personas que aguardan su diagnóstico tendidas en la camilla se sienten angustiadas por la incertidumbre, por el miedo a lo que pueda desenmascarar el recorrido del ecógrafo por su cuerpo, y se apresura a tranquilizar esos ojos temerosos que la observan.

—No. No te asustes. Tienes algunos nódulos que parecen de grasa y uno más fibroso, pero nada por lo que debamos preocuparnos. En la otra mama he visto unas calcificaciones, pero eso tampoco quiere decir nada. A partir de ahora tendrás que repetir las revisiones cada seis meses. Es por precaución, aunque por el momento puedes estar tranquila. De todas maneras, te llamará tu ginecólogo para explicártelo todo mejor.

Susana regresa al cubículo para vestirse sintiéndose mucho más ligera. En esta ocasión no le preocupan sus kilos, no se mira en el espejo con tanto rencor como cuando llegó; ahora es capaz incluso de apreciar sus ojos grandes y brillantes, su nariz respingona y su boca siempre sonriente; hasta logra reconciliarse con los enormes lunares

que salpican su cara, herencia paterna sin lugar a dudas. Una vez se calza los zapatos, la invade un deseo imperioso de salir de allí cuanto antes, anhela subirse en su moto y dirigirse a toda velocidad hacia su casa, volver a notar el viento helado en su rostro, sufrir ese frío que duele y corta la cara y que la hará revivir. En cuanto llegue, va a ir corriendo a la habitación de sus hijas, que estarán estudiando, para abrazarlas, besarlas, para disfrutar de su compañía. Esa será su manera de pedirles perdón por haber sido tan egoísta. La experiencia la ha ayudado a comprender que su obsesión por la pérdida de su marido la ha convertido en un ser despreciable que solo mira su ombligo. ¿Cómo puede haber deseado su propia muerte con todo lo que aún le queda por vivir?